

míxton o *míxto*, que significa "Leoncito," y los españoles sacaron a su vez de *míxton* o *míxto*, "micho" y "miche."

También, en ese tiempo, fue muy frecuente la formación de palabras híbridas de mexicano y español:

Tocinohuía, de tocino, untar, engrasar.

Tlapalería, de *tlapalli* y *ría*, tienda o expendio de colores.

Icpaxela, de *icpalli* y seda, hilo de seda.

Cahuallo-cactli, zapato de caballo, herradura.

Letrayo, letrero.

Santos-calli, oratorio.

Zapatos-chihualoyan o *Zapatos-chihcan*, Zapatería.

Tlacomesa, media mesa o mesa portátil.

Castillan-vóchill, rosa o flor de Castilla.

Cahuallo-calco, caballeriza.

Respuesta que al discurso anterior dió el Sr. D. Federico Gamboa, Director de la Academia.

Bienaventurado anduvo el señor don Victoriano Salado Álvarez con la herencia que le tocó en suerte de venir y ocupar en esta casa — que desde hace varios años era suya, — el sillón que con tanto lucimiento y honra tantísima, a su vez ocupara por sus propias y altas virtudes aquel varón egregio llamado en el mundo José M^o Roa Bárcena, espejo de caballeros y modelo de escritores, que, con idénticas excelencias acertó a ser durante su ejemplar y larga vida, caballero de su Dios, caballero de su rey, caballero de su dama y caballero de las Letras. Para ser recibido, según nos place recibirlo, el señor Salado no había menester, seguramente, de ampararse a una sombra tan respetable y respetada; los merecimientos suyos, alquitarados y sólidos, tienen que franquearle todos los umbrales y que ganarle todos los aplausos. Yo lo felicito, sin embargo, por el cálido elogio que de su predecesor acaba de hacer nos, porque si en todas las épocas conviene de cuando en cuando asomarse a las tumbas en que duermen y esperan los muertos ilustres, y resucitar el recuerdo de sus actos y palabras para que no se borre de la memoria quebradiza de los hombres y de la ingratitud orgánica de las sociedades, aquella conveniencia sube de punto en épocas como la nuestra, de honda inquietud y desorientación pavorosa, de negaciones e interrogaciones formidables, en que las disciplinas m^oranse relajadas, invertidos o dislocados los valores morales, profanados los altares, los hogares en ruina, la justicia a remate, vilipendiado el derecho, ignorado el deber, desnudas las vírgenes; prostituidas las juventudes, marchitas las infancias. ¡Es bueno, entonces, interrumpir el sueño eterno de los que se nos fueron, y repetir a los que asistimos anhelantes y pávidos a esta parodia sin grandeza de la orgía del Paganismo, cómo entendieron ellos la vida, cómo supieron vivirla noblemente, y embellecerla y purificarla, no obstante que es de suyo bajuna y deleznable. Evocar y elogiar

figuras como la de Roa Bárcena, no es únicamente acto de justicia, es algo más, acto de suprema moral y de objetiva enseñanza, signo de inconformidad y de protesta, inequívoco augurio de que el arrepentimiento y el alivio no andan muy lejos. Y pues habéis realizado acto tamaño, señor Salado Álvarez, sed doblemente el bien venido.

Aunque yo sepa a ciencia cierta que vuestra personalidad, la literaria sobre todo, es harto conocida y estimada para los señores Académicos, para el selecto auditorio que con su amable presencia nos favorece la noche de hoy, para el país entero, cuyas fronteras se allanaron más de una ocasión al propósito de que también los extraños supiesen de vuestros talentos, mi encomienda de responder a vuestro discurso y las imperativas solicitaciones de la vieja amistad que nos ata, obliganme, y con viva satisfacción de mi parte, a reseñar aquí a grandes rasgos, cuál ha sido vuestra existencia y cuál es vuestra obra.

En la antigua *Teocaltech* de Jalisco, que en romance significa "lugar del templo," nació, pronto hará 56 años, el nuevo Académico numerario de la Mexicana. A los 23, gana en Guadalajara el título de abogado, y durante una década comienza a abrirse paso, ora al lado de don José López-Portillo y Rojas, nuestro Director recién desaparecido y lamentado siempre, ora desempeñando empleos afines a su carrera: juez, defensor, agente del Ministerio Público. En esos años mozos, ya despuntaba, a guisa de simple afición, lo que corriendo el tiempo convertiríase en ministerio esencial de su vida: una entrañable devoción hacia las letras, que tan generosamente habían de recompensársela con lauros y honores. Sus primeras lanzas las rompió el 1895 en "El Correo de Jalisco," redactado por él solo en distintas temporadas. En 1901, después de intermitentes visitas rápidas a esta ciudad capital, que tanto atrae y fascina a las ambiciones tempraneras de los provincianos, llamado por el maestro periodista Rafael Reyes Espíndola, Salado vino a plautar aquí su tienda. Poco permaneció en "El Imparcial," un año escaso, y a su término vémoslo sirviendo en la Escuela Nacional Preparatoria la cátedra de lengua castellana, ganada en brillante y reñida oposición. Mexicano por sus cuatro costados, Salado Álvarez no iba a substraerse a los arrumacos y carantoñas con que esa mala hembra que se apellida Política, engaña y se conquista suspirantes y seguidores; por lo que el año de 1902, representando a un Estado fronterizo, tuvimoslo en calidad de propietario, instalado en una curul de la Cámara de Diputados, en la que había de permanecer, nominalmente, hasta 1910, pues de hecho, alejóse de ella en 1906, a fin de ir y desempeñar en el Estado de Chihuahua las fatigosas funciones, si a conciencia se desempeñan, de Secretario de Gobierno; y luego, para iniciarse en la carrera diplomática, como segundo Secretario de nuestra Embajada en Washington. En 1908, torna a la curul y a la cátedra; en 1909, es Subsecretario interino de Relaciones Exteriores por seis meses, y aun vuelve a la Cámara, como su Presidente, para marchar a Buenos Aires, en 1910, como Presidente ahora de la Delegación de México a la cuarta Conferencia Panamericana. A su regreso, queda de Subsecretario efectivo de Relaciones Exteriores, hasta el año siguiente, en que lleva nuestra representación di-

plomática a Guatemala, primero, y al Brasil, después, donde la revolución constitucionalista, vencedora, lo abandona a sus propios esfuerzos. De ahí arranca una larga odisea que ha concluído apenas con su regreso definitivo, en la que no quiero seguirlo, por miedo de que su espíritu y el mío, que juntos degustaron inolvidables acíbarés lejos de esta tierra nuestra, se nos ensombrezcan demasiado.

La obra literaria de Salado Álvarez, sin ser copiosa precisamente, sí es intensiva y perdurable. Por algún tiempo, él mismo debe haber sentido novelista. Y novelista parece, en efecto, con sus libros "De Autos. Cuentos y sucesos," que ven la luz en 1901, y "De Santa Anna a la Reforma" y "La Intervención y el Imperio," que en 3 y 4 gruesos volúmenes, respectivamente, aparecen en 1902 y 1903; libros, estos últimos, que mucho recuerdan en trama y factura, los deliciosos "Episodios Nacionales" del incomparable Pérez Galdós. Por las 4,000 y tantas páginas de apretada lectura de esa doble colección de novelas, encaenadas entre sí, desfilan personas y sucesos, habilísimamente acordados, de aquellas dos épocas palpitantes de nuestra dramática historia nacional, a que sus sendos títulos se contraen. Y no se sabe qué ha de saborearse más, si el respeto y miramientos que el autor guarda a la verdad histórica, aquí y allí disfrazada a la fuerza por exigencias ineludibles de la naturaleza novelesca de la narración, o la maestría en el manejo del idioma, en los diálogos muy particularmente, y en la descripción circunstanciada y sabia de sucesos, parajes y prójimos. La parte propiamente histórica, ofrece detalles y sorpresas de señalada importancia, que las historias tituladas, a veces callan o menosprecian, pero que mucho completan y perfilan este acaecimiento, antes impreciso o preterido, y aquella figura o figurón secundario de entonces. Es libro que se apura de un sorbo, y que entretiene y enseña. De continuar Salado Álvarez roturando y sembrando los campos dilatados de la novela, sin duda habría llegado a levantar una cosecha ópima para bien suyo y para el de nuestras Letras, desmedradas hasta hoy por desgracia, en esa rama, a mi juicio, floración la más preciada y exquisita en todas las literaturas. Ingolosinado probablemente con el éxito halagüeño que sus Episodios le acarrearán, después de tantear la polémica en su libro "De mi cosecha," se aventuró resuelto por los senderos espinosos de la crítica y la biografía; y así nos dió, en 1906, su "José Ives Limantour," tras elseudónimo de *Un aprendiz de retralista*, y en 1909, una "Disertación sobre la inmoralidad en la Literatura," diz que "compuesta por Don Querubín de la Ronda, del gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de Salamanca y su catedrático de prima de leyes = Impresa en México, en la casa de los sucesores de Juan Pablos;" precioso trabajo lleno de erudición, y escrito con un donaire y un gracejo tan intencionado y sutil, que de veras honrara al mejor universitario salmantino de antaño o de hoy. Y conste que si no lo alabo más, débese a que el tal fué escrito en espontánea y generosa defensa de cierta novela de mi fábrica, por aquellos días nacida, y anatematizada por corajudo censor hispano, más parecido a Zoilo que a Aristarco, a pesar de su tonsura eclesiástica.

Tampoco en los dominios de la crítica quiso Salado sentir sus reales; con lo que nos perdimos de un crítico de cuerpo entero, según lo hubiese sido, a poco que a ello se pusiera. Es que su verdadera vocación intelectual, la que mejor cuadra a su temperamento, carácter y aficiones, es la de historiador; pero no historiador como por ahí andan tantos, que nos presentan en grandes lienzos pintados a brochazos, lo que acerca de épocas e individuos dijera otros, sin curarse éstos de averiguar cuándo estuvieron aquéllos en error, — involuntario o malicioso, — o cuándo en lo cierto. Menos es de los historiadores que por soldada, interés banderizo o inmediata conveniencia, pónense adrede a desfigurar hechos y personas; proceder eficaz para halagar a quienes los pagan y protegen, pero también ¡ay! para lograr a la postre que los criterios se tuerzan, las juventudes escolares se envenenen, y las masas ignoraras, dondequiera representantes de la fuerza y el número, engañadas y ciegas mientras no tercian las rectificaciones justicieras, si es que tercian, otorguen sus admiraciones a los falsos dioses, que tanto abundan en las teogonías político-sociales de todos los pueblos, y los dioses verdaderos, calumniados y escarnecidos, vayan borrándose de la memoria flaca de los hombres, hasta no caer para siempre hechos polvo, en el abismo sin fondo del olvido.

El señor Salado, al contrario! Desde luego, no gusta de abarcar conjuntos; su campo de observación y examen, es reducido, casi individual, diría yo; lo que le permite enfocar a sus anchas la lente poderosa de su cerebro, y darnos retratos tan perfectos y acabados de seres, sitios y sucedidos, que los seres readquieren la vida que perdieron, los oímos hablar conforme hablaron, sin eufemismos ni componendas *a posteriori*; los sucedidos, a maravilla reproducen y huelen a verdad; y los sitios, no nada más los vemos y nos los representamos con exactitud pasmósa, sino que los recorreremos en la amable compañía del autor, asidos a su mano honrada, y todavía él nos ameniza la caminata contándonos en lenguaje que sabe a literatura picaresca, pero sin las licencias de ésta, a lenguaje del Siglo de Oro, porción de reflexiones y comentarios que no tienen desperdicio.

No obstante lo recio de sus espaldas, mucho témome que la tarea que encima les ha echado se las dobleguen y lastimen, pues eso de proponerse enderezar criterios torcidos, que los que no quieren ver, vean, y los que no quieren oír, oigan, lo mismo hoy que ayer y que mañana, resulta empeño temerario y de cuidado. La incredulidad fingida, mil veces peor que la sincera; las reputaciones artificiales, que conviene mantener sobre el pavés para asombro de bobos, y la moneda falsa, que como buena corre entre nosotros, han de poner el grito en el cielo y el puño en la tizona, para castigar la insolencia de este Savonarola de nuevo cuño, que parado a los medios de la plaza pública grita verdades, y las leyendas las deshace, y a los ídolos, de sus pedestales los apea. Mientras el siniestro se produce con sus libros futuros, algunos de los cuales ya respiran y crecen, él se ha especializado en labor plausible y patriótica, de la que lleva dadas diversas muestras: la historia de las relaciones entre México y los EE. UU. de América, bebida gota a gota en sus fuentes originales, los archivos de allende el Bravo, donde dor-

mitaban a pierna suelta, sin sospechar que nadie fuera nunca a sacudirlos y echarlos a la calle para enseñanza, escarmiento y vergüenza de muchos.

Por lo que mira a su trabajo de esta noche, exponente de que los achaques de pluma nuestro Académico los conoce y domina todos, las manifestaciones de agrado con que lo han recibido son mucho más elocuentes que el mejor elogio de mis palabras para realzarlo. En cambio, sí he de subrayar los puntos de vista que en él se preconizan, porque, aun más extremados quizá, fueron siempre parte muy principal de mi credo en esa materia. El idioma es, sin duda ninguna, el postrero y más inexpugnable reducto de las razas que no quieren morir; y es tan resistente, se adentra tantísimo en el alma de los pueblos, que hasta cuando éstos son bárbaramente mutilados, — el caso nuestro, — mutilado él también, sobrevive a la catástrofe, quedase adherido en el terruño que fué suyo; en los labios de los supervivientes, que lo guardan con más santa codicia que los muebles familiares, que las heredades de los abuelos, que los juguetes de los hijos muertos. Y en las horas íntimas, cuando el conquistador no nos escucha ni nos mira, junto a la mesa en que la cena triste se cansa de esperar a que nosotros nos cansemos de llorar; junto a las cunas en que arrullamos a esos pedazos de corazón que son nuestros hijos; en los tálamos legítimos, en los que no es pecado que las bocas se junten y los castos amores se consuman; frente al altar, donde la Sagrada Forma nos mira divinamente, y nos escucha, y nos promete todo lo que no alcanzaremos jamás aquí abajo, el idioma nativo reaparece con sus modismos, con sus halagos, con sus dulzuras, y sólo empleándolo, repitiéndolo, cantándolo, sollozándolo, volvemos a sentirnos lo que fuimos. A cada generación nueva, vase extinguiendo, muy poco a poco, con terca resistencia increíble. El día nefasto en que no se le habla, ni desfigurado y trunco, quiere decir que la raza subyugada ya fué absorbida. Por dicha, no es ése el caso con el idioma castellano, según acaba de puntualizárnoslo el señor Salado Álvarez; ya lo habéis oído, perdura y perdura a pesar de todo, aunque no con la pureza a que es acreedor por su limpia prosapia, y que nosotros debemos procurarle. Mientras mejor lo guardemos y mejor podamos hablarlo, nuestra personalidad se afirmará más y más, nos sentiremos más fuertes, más eternos, más nosotros mismos, en una palabra. Bien se merece culto semejante, puesto que nos sirve de escudo y defensa, y para que no se nos confunda ni menosprecie. Demostremos cada día, dentro del patriotismo irreducible y bendito que nos distingue y caracteriza, que somos hijos independientes ¡pero legítimos! de la España grande y gloriosa.

Y si alguna vez, que ojalá nunca llegue, hubiéramos de desaparecer como nación y como pueblo, que tal escudo nos sirva de mortaja, y que nuestra última maldición al Destino, o al enemigo que nos acabe, nuestra última palabra de amor para los nuestros, y nuestra última plegaria a Dios, nosotros y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, las exhalemos en castellano.

México, 7 de septiembre de 1923.

F. GAMBOA.